

INTRODUCCIÓN

Por justas necesidades editoriales, quizá porque de alguna manera hay que ponerle puertas al campo, nuestro tema para el presente trabajo, como su título indica claramente, es la evocación de Madrid, en el ayer, desde que la villa recibió —regalo no tan beneficioso como muchos piensan— la capitalidad de las Españas, hasta la muerte, coincidiendo con el final del siglo xvii, del último monarca de la Casa de Austria.

No pretendemos detenernos en la mera historia de la aglomeración urbana, de sus sucesivas vicisitudes y de sus transformaciones obligadas por la natural ley de la vida, sino también apuntar, para el que se sienta prendido en este encanto secreto que Madrid derrama, intercalada al hilo de sus comienzos, una especie de guía que sirva para descubrir al gustador de las delicadezas madrileñas esos pequeños tesoros escondidos en que es pródiga la ciudad de las Siete Estrellas.

Y aún, en nuestro propósito ambicioso pretendemos más, pues queremos traer hasta acá no sólo los grandes sucesos que tienen a Madrid por teatro y escenario a través de los siglos, sino también la pequeña vida de cada edad, esas pequeñas cosas, generalmente orilladas en la historia, de la moda y los muebles, del aderezo de las casas y de la organización de las costumbres, de las formas y de las maneras de una sociedad que también se transformó al paso de los tiempos y que fue tomando, en

cada uno de ellos, una expresión distinta para expresar sus deseos y sus fines.

No es otra obra —claramente lo comprende el lector después de semejante planteamiento—, destinada a mostrar nuevos aspectos, rincones históricos iluminados de otra manera en el hallazgo de desconocidos datos, en la luz de recién encontrados documentos. Esta vez emprendemos los caminos de contar lo que ya es sabido, de reunir materiales dispersos, de hacer en fin tarea de divulgación y enseñanza, de lectura que quisiéramos agradable para el que a estas páginas se acerque, y hasta útil, si en ella ofrecemos una perdida iglesia que el lector no conoce o un rincón breve de este Madrid Viejo.

En manera alguna quiere esto decir, ni nadie piense, que es tampoco obra de imaginación, ni literatura. Si cada una de las cosas que aquí vamos a apuntar no lleva a pie de página el refrendo de la autoridad de quien la tomamos, no quiere esto decir que lindamente la hayamos inventado nosotros, sino que, destinado este trabajo a un público ancho y no especializado, hemos preferido evitar las llamadas continuas y aún múltiples que dicho aparato crítico originaría. No por miedo mal entendido de pedantesca erudición, sino por afán de acercar a los no familiarizados con la historia las páginas que siguen.

Sí daremos, en cambio, como remate de nuestro trabajo, una breve bibliografía esencial de este Madrid de nuestros pecados, y decimos esencial porque si la pretendiésemos entera habríamos de emplear en ella cuatro veces más de lo que representa en total el presente volumen. Y, por otra parte, nadie piense que nuestros datos están tomados del aire, que aunque no existan las citas de referencia pretendemos escribir con toda la seriedad a que nos obliga nuestra dedicación —y tan antigua— a estos temas.

Sí añadiremos aquí, a riesgo de alargar más de lo que fuera conveniente esta «Introducción», que no sólo de libros de historia hemos tornado datos, sino que tam-

bién obtuvimos copioso fruto en la lectura de novelas y obras teatrales de los distintos tiempos, en el estudio de retratos de cada época, y mucho de lo aquí empleado fue sacado en la enojosa tarea de la lectura de páginas tan secas como los inventarios —tan largos tantas veces— de los testamentos de nuestros abuelos en los que, a vueltas de la retorcida letra de los escribanos de otros siglos, se encuentran aquellas cosas —de casas a tierras, de muebles a ropas— que formaron el entorno vital de los hombres de otras edades. Mirando lo que hay y lo que falta, en larga lectura atenta, se aprende mucho de cuál era su vida y en qué escenario se movían.

Muchas veces, pues, lo que aquí es un párrafo tan sólo, es también el resumen de muchas horas de lectura de libros y papeles que han ido ofreciendo unos mínimos datos que, unidos, pretendemos sea el incompleto escenario de nuestra narración.

Éntrese ahora el lector por las calles de la vida pasada y presente de este Madrid nuestro, recorra morosamente desde su sillón las viejas callejuelas retorcidas de un Madrid primitivo y naciente, y también las anchas avenidas de un Madrid moderno, que todas están a la misma andadura humana de los hombres que en la villa, al correr de los tiempos, fueron habitando, Pero recuerde, antes de comenzar el paseo, que una ciudad muchas veces centenaria como la nuestra tiene obligadamente toda la complejidad contradictoria de los hombres que en ella vivieron, corrieron sus trabajos y sus ambiciones, sus amores y sus desengaños; que, al cabo, si lo miramos con detalle, todas las épocas son iguales por aquello de que los hombres poco varían desde que un día, no sabemos cuándo, empezaron su primera andadura sobre este pequeño planeta al que decimos Tierra antes, mucho antes, de que Madrid fuera un lugar donde se podía residir, colocado junto a la dura aspereza de la cordillera central, en este último rincón de un continente que llamamos Europa.

CAPÍTULO I

MADRID, ANTES DE SER CORTE

Porque la historia no puede servirse en rajas como el salchichón, a poco que nos detengamos a pensarlo estaremos obligados, pese a nuestro propósito, a detenernos antes de comenzar a escribir la historia de la que empezó a ser corte de las Españas para dejar caer una mirada, siquiera sea rápida, sobre lo que fue su devenir hasta llegar a ese momento en que saltara desde la nada al puesto central del escenario; escenario que, en la fecha que lo hizo, era nada menos que el del mundo entero.

No hace mucho tiempo un gran arquitecto de nuestros días, compañero en el Instituto de Estudios Madrileños, Federico Chueca, puso en los escaparates de las librerías un título lleno de acierto, lo que es frecuente en su ancha obra: *Madrid, una ciudad con vocación de capital*. Ampara este título una colección de ensayos de interés en los que no vamos a detenernos ahora, sino a tomar el propio sentido de ese título, tan exacto como apoyatura de este comienzo. (Publicación de 1974).

De antiguo, Madrid tiene auténtica vocación de capital. De tan antiguo que sus primeras veleidades se producen cuando aún no había ciudades en el mundo y cuando la historia no había nacido. Los poblados co-

menzados a excavar a mediados del pasado siglo —y que todavía continúan ofreciendo hallazgos y sorpresas— muestran bien a las claras que Madrid en los tiempos prehistóricos se habitó de manera algo densa y continua desde las primeras etapas de la humanidad, desde el cuaternario. Las orillas del Manzanares ofrecen a los arqueólogos tesoros continuos, y las nuevas e incesantes excavaciones ponen a la luz nuevas riquezas —vasijas, hachas, conchas, esqueletos...— que muestran esta lejana y sorprendente realidad.

Durante el paleolítico, un clima cálido favoreció esta fijación de los hombres en la zona. Anchos bosques cubrían la vega de nuestro hoy modesto río, pero que entonces fuera de gran caudal, y a cuyas orillas acudían elefantes de cinco metros de altura. El hombre del paleolítico tuvo aquí caza, agua y frutos abundantes, y además el terreno le ofrecía prodigiosamente y a flor de tierra ricos yacimientos de pedernal con el que tallar sus primeros instrumentos y construir sus primeras armas, tan sencillas y tan efectivas.

Todo esto vino a fijar las tribus nómadas en cantidad extraordinaria para la época y, a lo largo del tiempo, a producir algo que podríamos tomar como una de las primeras urbes que el hombre ha conocido durante su vida en la Tierra.

Más tarde, los aires helados procedentes del Guadarrama esparcieron por otros caminos a hombres y animales. Habrá que esperar un nuevo cambio del tiempo para que, en la Edad del Cobre, Madrid —un Madrid que ni siquiera se llamaba así— vuelva a recibir la continua visita del hombre, el cual nos dejaría, otra vez, sus rastros en las cuevas, en la cerámica de cordón... hasta llegar a la belleza del vaso campaniforme.

En la segunda Edad de Hierro vuelven a rastrearse numerosos testigos de la presencia del hombre, un hombre que a comenzaba a presentar aspectos de una cultura ligeramente iberizada.

Un mosaico —hoy en el Museo Arqueológico—, varias lápidas y restos de villas, bronce, cuchillos de hierro, encontrados en las tierras de Madrid y sus proximidades, vienen a demostrar la existencia de un poblado romano que no debió tener una gran importancia, pero que es suficiente para darnos una vez más muestra de la continuidad del hombre sobre estas tierras de la meseta.

Parece indudable que el pequeño vallecillo —barranco, mejor— de la calle de Segovia actual fue el primer asentamiento histórico de un pueblo que seguía teniendo voluntad capitalina. Un pequeño poblado de pastores y agricultores situado en ese abrigo, no lejos del río, beneficiándose de las aguas que sabemos que corrían —afluentes del Manzanares— por el hondón de aquellos lugares.

Fue precisamente la existencia de ese poblado el que obliga a los moros, primeros urbanizadores de la villa, a una fortificación absurda y contra toda norma estratégica. Mohamet V levantó en Madrid un castillo, fortaleza perteneciente a la serie que vigilaba los pasos de la sierra contra las incursiones cristianas. Naturalmente situó la fortaleza en el lugar que Madrid tenía especialmente preparado para ello: donde hoy se alza el Palacio Real, con sus escarpes naturales inexpugnables hacia el río.

Pero más allá, en la barrancada de la calle de Segovia —como hemos dicho—, estaba el poblado primitivo. Fue preciso entonces que una muralla rodeara el alcázar, protegiéndolo por los lugares más accesibles, dando sitio para la habitación de sus ocupantes y defensores: la almedna. Pero también fue preciso que otra muralla dejara al resguardo a la población y a sus habitantes, colocándola, como era muy frecuente, al costado de la militar: la muralla de la almedina comunicada con el recinto militar en su parte interior por una puerta, la que después se llamó de Santa María, hacia el final de la actual calle Mayor.

El resultado fue que para cercar de murallas la almedina, situada centralmente en la calle de Segovia, la cortina había de descender desde las proximidades del alcázar, a la derecha de la actual calle Mayor, bajar hasta la hondonada de la calle de Segovia y volver a encaramar sus lienzos y sus torres por la cuesta opuesta de la barrancada, encerrando a la población existente y torciendo después por la parte alta de la calle de Segovia, por las actuales Cavas, para buscar por Santo Domingo el nuevo cierre sobre la muralla de la almudena, de la ciudad militar.

Este descender y trepar de alturas no era del mejor resultado militar y así seguramente lo debieran pensar los propios árabes, pero hubieron de aceptarlo sin otra posible solución topográfica. De intento hemos señalado brevemente el recorrido amurallado —tendremos ocasión de volver sobre él— para mejor y más fácil comprensión de quienes no estén especializados en el tema madrileño y pudieran perderse con facilidad —¡y tan fácilmente!— en una detallada descripción pormenorizada.

Así tenemos cercada por vez primera la villa, pero... ¿qué villa? Grave problema este del nombre de Madrid, que hasta muy reciente fecha se ha debatido en cien especulaciones cuya fragilidad se veía a distancia, sin encontrar la razón etimológica de su propio nombre. Ha sido modernamente Jaime Oliver Asín, académico de la Historia, miembro del Instituto de Estudios Madrileños, desgraciadamente fallecido, quien ha determinado la razón con un certero libro —*Historia del nombre «Madrid»* (Madrid: CSIC, 1954)—: Matrice debió ser, según este autor, el nombre primero de la villa, nombre correspondiente a un Madrid premusulmán y que hace referencia a sus aguas, ese viejo arroyo que corría —casi se despeñaba— por el hondón de la calle de Segovia. Matrice, «madre de aguas». Pero con los árabes este nombre cambió en Maýrīṭ, compuesto de la palabra árabe *maýra*, «madre, matriz», y el sufijo iberorromano *-it*, que signi-